

Plaza pública

- **Décima asamblea del PRI**
- **El discurso de Gustavo Carvajal**

Miguel Angel Granados Chapa

Una confusa mezcla de buenos propósitos, de fórmulas retóricas y de principios doctrinales que debieran tener lugar en la declaración correspondiente y no en un programa de acción: ese es el único modo de describir el documento que como parte de su discurso presentó ayer ante la décima asamblea del PRI el confirmado presidente de ese partido, don Gustavo Carvajal.

Sólo una proposición sustantiva, nueva, de cara a la realidad, se asoma tímidamente en los planteamientos a partir de los cuales propuso Carvajal reformar el programa de acción priísta. Se trata de demandar al gobierno una mayor participación en la producción y distribución de artículos básicos. Sin embargo, como si se temiera que el anuncio de esa acción suscite problemas, se la rodea de otras proposiciones que ya han probado su ineficacia, sobre todo en momentos críticos, o que son verdaderamente grotescas. Dice, en efecto, el capítulo denominado "la carestía" del documento leído por Carvajal, que se fomentará la creación de cooperativas de consumo y producción: ¿Con qué cara puede decir eso el partido si las reformas constitucionales y legales que permitirían destrabar la actividad cooperativa fueron congeladas en el Congreso precisamente por legisladores que pertenecen a ese partido? Y en cuanto a la intención de llevar a las zonas rurales marginadas abasto suficiente y a precios justos los alimentos indispensables a la subsistencia de la población campesina, todo el mundo sabe que los campesinos pobres no sufren por la falta de suministros y de precios, sino por una política económica general que combate la autosuficiencia y empobrece a esos trabajadores del campo.

Adicionalmente, aunque ese sea un problema menor, en el mismo capítulo salta la permanente confusión entre Estado y partido, cuando se propone el establecimiento de bodegas de concentración de alimentos fundamentales que estarían bajo la responsabilidad y vigilancia conjunta de autoridades, comunidades, "y comités municipales del partido". Felizmente se trata de sólo un buen propósito que no se concretará en realidades. De lo contrario, ¿se imagina usted el uso partidista, es decir, faccioso, que se daría a este género de instituciones?

Colocado en el tobogán de las frases fáciles y huecas, el presidente del partido incurrió en despropósitos tales como decir que el PRI "continuará promoviendo la reforma urbana". Todo el mundo sabe, excepto al parecer don Gustavo, que la reforma urbana significa que la vivienda pertenezca a quien radica en ella, es decir, la supresión del arrendamiento habitacional. Decir que se continuará promoviendo algo, significa que antes se ha empezado. ¿Cuántas tomas de edificios ajenos o de casas desocupadas ha promovido el partido? O bien, para no mencionar las manifestaciones extremas de la reforma urbana, ¿en cuántos casos el PRI ha provocado la conversión legal de inquilinos propietarios del lugar en que viven?

Podríamos seguir interminablemente. No es el caso, sin embargo, de convertirnos en cazadores de gazapos. Ellos son lo que menos importa. Lo que más importa es que el PRI, considerado por Carvajal como salvador del pueblo, conductor del pueblo, y no como la forma organizada de acción del pueblo mismo, se enfrenta desarmado a una de las épocas más críticas de la historia mexicana reciente. "Somos un partido más fuerte que nunca", proclama don Gustavo. Lo desmienten los setecientos mil votos menos obtenidos este año en las elecciones federales respecto de las anteriores. Lo desmienten el descrédito público que afecta al partido, su pasmo ante realidades que se muestra incapaz de encarar, su triunfalismo cegador, su incoherencia.

1 + 1
26- OCTUBRE
1979